

EE.UU.: VISTA AL SUR

Peter Elmore (*)

En las escuelas de los Estados Unidos los niños aprenden que hay siete continentes; a mí, en cambio, me enseñaron en el Perú que había sólo cinco. Los dos que me faltaron en mis años escolares son, curiosamente, América Central y Sudamérica. Antes que debatir sobre la exactitud o imprecisión de la cuenta geográfica, me interesa notar el involuntario valor simbólico de las distinciones: la imaginación colectiva no considera, en los Estados Unidos, que quien pisa la costa gélida de Maine está en la misma masa continental que quien pisa la costa gélida de Tierra del Fuego.

No quiero exagerar la importancia del detalle, pero algún valor tiene. América, en USA, designa a una nación compuesta por 50 Estados; en los países de habla hispana o portuguesa, a un continente formado por tres áreas. Por otro lado, uno tiene a principios del siglo XXI la sensación de que América Latina está ya sea lejos o dentro de los Estados Unidos, pero no cerca del país. Me explico: hay 35 millones de latinos, lo cual desplaza a los afroamericanos al segundo lugar en la tabla de las minorías étnicas, pero la crisis económica argentina -que podría, como sabemos, arrastrar a varias economías latinoamericanas- le es ajena a la opinión pública y no figura entre las prioridades de la política exterior de los Estados Unidos.

La excepción relevante a la norma es México, que fue el primer país extranjero que visitó George Bush. La conversación entre Fox -ex-ejecutivo de la Coca-Cola y hacendado del norte de México- y Bush -texano y petrolero- fluyó cordialmente en las dos lenguas. De hecho, hace muy poco -el 5 de setiembre, para ser exacto- Bush declaró en los jardines de la Casa Blanca que para los Estados Unidos no hay relación exterior más importante que la que sostiene con México. Una exageración, sin duda, pero en todo caso México es parte del Tratado de Libre Comercio; además, los mexicanos con pasaporte estadounidense pueden ahora decidir elecciones en Estados como California o Texas -que son de los más ricos en votos del colegio electoral. Bien vista, entonces, la relación con México no es, estrictamente hablando, parte de la política exterior. Se trata, más bien, de un asunto doméstico. Lo mismo puede decirse de Cuba: Bush es presidente de los Estados

Unidos, pese a que Gore recibió un millón y medio más de votos que él, gracias en gran medida a que el recuento de votos en al menos uno de los tres condados floridianos en litigio se interrumpió por decisión de funcionarios cubano-americanos. Insólitamente, la historia de Elian, el niño balsero, es uno de los factores que explican el naufragio de las aspiraciones demócratas.

En el terreno de la cultura pop y la industria del entretenimiento, que es la segunda fuente de divisas del país, la presencia de los llamados latinos es más que obvia. Ahí están Jennifer López, Cristina Aguilera, Ricky Martin y hasta Enrique Iglesias, mientras que hace dos años Carlos Santana vendió, con «Supernatural», más discos que nunca antes. No deja de ser curioso, sin embargo, que el español Antonio Banderas haya actuado de Che -en la olvidable adaptación que Alan Parker hizo de «Evita» -y que se prepare a encarnar a Emiliano Zapata. Su compatriota Penélope Cruz, por su parte, hace de heredera mexicana en «**All the pretty horses**», la admisible versión que Billy Bob Thornton ha hecho de la excelente novela de Cormac Mc Carthy. Anoto, por otro lado, que en una película notable -«**Traffic**», de Soderbergh- son varios los minutos en los cuales se habla castellano y hay subtítulos en inglés. A propósito de subtítulos en inglés, el mayor éxito extranjero de taquilla en los Estados Unidos fue, antes del fenómeno de «La vida es bella», la para mi gusto muy azucarada «Como agua para chocolate», de Alfonso Arau.

A otro nivel, vale la pena notar que a los cursos de castellano en las universidades de los Estados Unidos acuden casi dos tercios de los estudiantes que cumplen con el requisito académico de estudiar lenguas extranjeras. Hasta principios de los 70, el idioma más solicitado era el francés. Sospecho que la abrumadora mayoría de quienes estudian español ya lo ven sobre todo como la segunda lengua de los Estados Unidos, antes que como la primera de Hispanoamérica y España. Lo cual, de ser cierto, confirmaría el status paradójicamente local que lo latino ha cobrado en las últimas décadas.

Paso a otro asunto. Quizá porque he vivido en ciudades donde hay universidades -Austin, Boulder-, jamás me ha sucedido encontrar a algún despistado que ignorara que el Perú está en Sudamérica o que imaginara a todos los peruanos vestidos con taparrabos y tocados con plumas de papagayo. Es más, un número sorprendente de amigos y conocidos me preguntaba hasta hace poco por el «presidente japonés» del Perú. Yo, en mi ignorancia, les decía que en realidad era peruano. Si bien a la

juramentación de Toledo, el 28 de julio, Bush envió a un funcionario de tercer orden, los medios de comunicación importantes le dieron cobertura al acontecimiento; previsiblemente subrayaron -en estos años de multiculturalismo retórico y declaraciones oficiales de respeto a las culturas aborígenes- que por primera vez el Perú había elegido a un presidente con ancestros indígenas. No sé si Toledo será nuestro Benito Juárez, pero en todo caso se ve bien en los Estados Unidos que el Perú cuente con un presidente de rasgos autóctonos, aunque quien hable quechua no sea él sino su esposa belga.

Las noticias sobre América Latina (y, dentro de ella, sobre el Perú) tienden a ser pocas y, lamentablemente, pobres. Donde más se encuentran es en el **New York Times**, pero tengo la impresión de que los corresponsales en Sudamérica del diario no son de primera fila. De hecho, lo más interesante que he leído en el **New York Times** sobre el Perú es responsabilidad de un redactor especializado en ecología. El 19 de febrero de este año, una nota en primera plana indicaba que el glaciar Qori Kalis se derrite ahora 33 veces más rápidamente que hace apenas 20 años, en gran medida por culpa de ese efecto invernadero que Bush -refractario a la firma del Protocolo de Kyoto- desestima.

Aunque en el futuro inmediato no faltara agua en las hidroeléctricas peruanas, a la larga (y no hablamos ya de siglos, sino décadas) las fuentes pueden secarse. Parece apocalíptico imaginarlo, pero es una posibilidad acaso más catastrófica que las apariciones cada vez más frecuentes de **El Niño**. A propósito de esto, **El Niño** -conocido en los Estados Unidos por ese mismo nombre- también causó en su momento que el Perú estuviese en las noticias, porque mientras California enfrentaba sus peores inundaciones en décadas y en las montañas de Colorado se esquiaba poco, la prensa estadounidense explicaba el origen del descalabro: el mar peruano había estado desde diciembre más caliente que de costumbre y, según el saber tradicional de los pescadores, el cambio de temperatura se debía a las urgencias fisiológicas del Niño Dios. No dejan de ser instructivas estas dos noticias finales: más allá de si creemos o no vivir en el mismo continente, lo que sucede en un lugar repercute en el otro. Eso, sin embargo, es más evidente en el Perú (y el resto de América Latina) que en los Estados Unidos.

(*) Escritor peruano y profesor en la Universidad de Boulder,

Colorado. **Las pruebas del Fuego** es su última novela.

i